

Fernando Betancourt Martínez, *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria*. México: Universidad Autónoma de México, 2007, 245 pags.

La tesis doctoral defendida con éxito por el Doctor Betancourt y posteriormente publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, corresponde a un esfuerzo no menor en la tarea – siempre compleja – de hacer dialogar las bases disciplinarias de la investigación histórica con la filosofía de la ciencia. En este sentido, una voz más que autorizada, François Dosse, se refería en un artículo referido a los aportes filosófico de Paul Ricoeur a la historiografía, diciendo que el “diálogo entre la filosofía y la historia, ha sido por largo tiempo, un diálogo de sordos”.¹

Sepa el lector que el libro de Betancourt lo que más propone, es un ir y venir entre la teoría de la historia (y posterior reflexión historiográfica) y la filosofía de la ciencia. ¿Con qué fin? Para mostrar el retorno de la metáfora al campo del conocimiento científico del pasado gracias a la hermenéutica, bajo el alero de dos grandes problemáticas producidas por la deslegitimidad del modelo tradicional de la teoría de la historia desde el siglo XIX: la relación sujeto-objeto y la objetividad de las representaciones científicas de la historia. Dicho con otras palabras, por la pérdida de credibilidad en la filosofía de la conciencia. Centraremos nuestra crítica separando la obra en dos partes: a) en lo referente a los tres primeros capítulos dedicados a la antigua teoría decimonónica de la historia, su caída y posterior transformación, así como a los cambios producidos en la epistemología de la historia producto de la introducción de cambios rotundos en el ámbito filosófico; b) en lo referente al retorno de la metáfora como herramienta hermenéutica para el análisis del pasado.

Nuestro autor comienza un recorrido que resulta muy atractivo para todo historiador que pretenda conocer los sustentos epistémicos que han ido configurando su labor investigativa. La idea central en el primer capítulo titulado “un modelo epistemológico para la historia”, es dar a conocer de manera sistemática, las bases de lo que desde tiempos decimonónicos se conoció como teoría de la historia. Su función principal, nos dice nuestro autor, fue dotar a la historia el pretendido estatus científico. Este primer apartado resulta fundamental para el resto de la obra, en la medida que se muestran las bases filosóficas que hicieron que la ciencia histórica se posicionara – o por lo menos eso pretendió – dentro del conocimiento *verdadero*, asunto que sentó las bases en la creencia absoluta de la distancia valorativa (cual microbiólogo trabajando en su laboratorio) entre sujeto historiador y su objeto de estudio; así como la acreditación formal de la naturaleza objetiva de las representaciones hechas por los historiadores. Betancourt avanza en este primer momento, mostrando cómo las distintas formas de hacer historia, tanto el positivismo del siglo XIX y su ya conocida proyección hacia el

¹ François Dosse, “Le moment Ricoeur de l’opération historiographique”, *Vingtième siècle*, 69 (2001) : 137-152.

siglo venidero, el neopositivismo lógico [Círculo de Viena] y la hermenéutica romántica tan representada en Collingwood, no fueron capaces de romper con la tradición imperante que establecía que la metodología por la cual se delimitaba objetos de investigación, las hipótesis de trabajo, la crítica documental y los resultados obtenidos, eran momentos claves del resultado de la fundamentación teórica previa. La misma que en ningún momento se preocupó de soslayar la distancia que había entre el lenguaje del mismo historiador – y por tanto, toda su carga valórica propia de todo sujeto en su presente histórico – con la realidad histórica observada.

El segundo momento del libro titulado “la transformación de la filosofía, el derrumbe del modelo general y el ascenso de la historiografía” viene a dar cuenta del conjunto de transformaciones que desde la segunda mitad del siglo XX produjeron en el seno de la ciencia histórica, un cambio rotundo en la manera de asumir su propia teoría. El llamado *giro lingüístico* y la *perspectiva pragmática* son parte integral del análisis – dotado siempre de una pluma que denota rigurosidad y conocimiento – que Betancourt centra en la pérdida de influencia que fue teniendo la epistemología tradicional. La cuestión fundamental en esta parte del trabajo, se basa en la fundamentación filosófica (hay que reconocer en el autor un gran manejo de bibliografía) que sustenta la idea de una profunda crisis de fundamentación de la ciencia histórica, producto de la pérdida de legitimidad del modelo tradicional al estilo kantiano. Ahora, la nueva forma de asumir la teoría histórica – y que es el resultado de lo que los historiadores y filósofos pensaron como respuesta a tal crisis –, apunta al mismo subtítulo elegido por el autor: la matriz disciplinar, o bien la auto reflexión sistemática (conceptos que toma de Jörn Rüsen), y que se explican en la medida que el nuevo planteamiento epistemológico de la ciencia histórica consiste en describir reflexivamente los niveles propios de su base disciplinar así como sus complejas interacciones. A caballo del conjunto de transformaciones en el seno de la filosofía del siglo XX, ya no hay cabida, explica Betancourt, para la historia totalizante al estilo hegeliano. “La fundamentación se dirige (...) a racionalizar las características y los procesos que se presentan en las diferentes matrices disciplinarias” (p. 91). La “racionalidad procedimental” y la carga pragmática de la fundamentación son innegables conforme se avanza la lectura. Más que principios cognitivos, lo que importa a la historiografía y la teoría de la historia, son los procedimientos que llegan a generar representaciones historiadoras.

Un tercer momento del libro corresponde al esfuerzo del autor en no dejar cabos sueltos en su recorrido. En este sentido es loable el manejo de información intelectual que está a la altura, creemos, de los múltiples enfoques y modelos que el siglo XX y la filosofía de la ciencia entregaron. Siguiendo la idea de abarcar todo el proceso de cambio que vivió la disciplina histórica como producto de la pérdida de legitimidad del modelo tradicional – y como plataforma que introduce el retorno de la metáfora a la disciplina –, el autor expone en este tercer apartado los distintos esfuerzos historiográficos en vías de superación del proceso recién mencionado. Para esto, el autor mexicano, entra de lleno en temas como la historia narrativa, la imaginación como herramienta concedora del pasado (los postulados ya clásicos de H. White) o el

pragmatismo de M. de Certeau, todo para fundamentar la idea de que tales presupuestos historiográficos son elementos que conforman una plataforma epistemológica de naturaleza muy diferente, y contestataria, a la tradicional. Como resultado de lo anterior, y sin caer en una peligrosa filosofía de la historia (como sí lo hace Ankersmit) , el autor prefiere caracterizar la historiografía contemporánea en base a tres puntos que resultan, a nuestro modo de ver, muy acertados, a saber , primero, que los historiadores nos vemos en la necesidad de reconocer la perdida de referencialidad de nuestros propios discursos, lo que se ve reflejado en asumir que somos incapaces de mostrar el pasado tal y como fue en su totalidad; segundo, y como resultado de lo anterior, que el pasado resulta para el saber histórico su total otredad, con la cual entabla diálogo desde la distancia; y tercero, que al hablar del pasado, marcamos simbólicamente el presente, lo cual desde una visión práctica, hace que la historia tenga un estatus científico desde el orden de sus operaciones, mientras que su producto se determina por la propia narración histórica.

Una vez fundamentado consistentemente por Betancourt los cambios sucedidos desde la segunda mitad del siglo XX en lo que respecta a la filosofía de la ciencia, el libro entra de lleno en lo que el mismo autor denomina “el retorno de la metáfora”. ¿Por qué se habla de retorno?, porque gracias al esfuerzo – post heideggeriano – que conecta el problema del sentido a las manifestaciones lingüísticas y donde los signos culturales dan forma a lo que conocemos como experiencia histórica, la metáfora vuelve a tomar fuerza desde una nueva hermenéutica, ya no idealista al estilo Dilthey, Collingwood o el mismo Husserl, sino que centrada en el lenguaje como núcleo de sus preocupaciones. El problema en sí expuesto por Betancourt, no está lejos de los problemas epistémicos que Gadamer en *Verdad y método* exponía: ¿cómo hacer comprender el misterio de la contemporaneidad del pasado más allá de la mera curiosidad histórica? El camino del retorno de la metáfora está en esa dirección, pero puesta acuciosamente fundamentada desde la filosofía hermenéutica hacia la escritura de la historia.

Para el autor, la metáfora después de los cambios sucedidos en la filosofía de la ciencia vuelve a ocupar un lugar de privilegio. Sale de los presupuestos trascendentalistas – razón por la cual la tradición positivista e ilustrada tanto la atacó – para cristalizar su función fenomenológica en una hermenéutica que se aboca al sentido de lo humano y su necesaria interpretación. Para desarrollar tal empresa, Betancourt se sumerge bajo el pensamiento de dos verdaderos filósofos de la metáfora: Paul Ricoeur y Hans Blumenberg. El libro muestra que autores ven en la comprensión del sentido un fenómeno socio-lingüístico puesto a prueba por la mediación de los signos culturales de cada época, por lo que el autor mexicano los toma como posibilidades ciertas para una epistemología de la historia que se toma en serio el problema semántico de la metáfora como herramienta descriptiva del conocimiento histórico. La idea central en el desarrollo de ambos filósofos está en mostrar que, nuevamente bajo una pluma estricta y metódicamente bien fundamentada, tanto Ricoeur como Blumenberg – a pesar de las diferencias filosóficas – asumen el problema de la autocomprensión humana como una tarea filosófica que ante todo rompa con la tradicional filosofía de la conciencia.

Para terminar esta crítica al libro de Betancourt debemos resaltar que su trabajo logra de manera sistemática y concisa, establecer que el proceso metafórico corresponde a un estadio de suma importancia en la representación historiadora. La metáfora en el libro, tal y como la plantea el autor, tiene la fuerza semántica de acercar nuestra autocomprensión en su fuerza de reorganizar la visión de las cosas de la vida. Esta “fuerza” que nos presenta la metáfora, ya lejos de los valores morales y contenidos emotivos, es ahora una herramienta de cientificidad en una representación del pasado que asume su trabajo bajo el alero de la hermenéutica. El intento de Betancourt va de la mano con pensamientos como el de Kuhn o De Certeau, en la medida que asume la tarea historiadora como parte de un discurso producido y aceptado bajo procedimientos sociales por uno o más grupos científicos. Bajo la huella de la filosofía analítica y la hermenéutica filosófica, se establece en el libro una reflexión epistemológica que pretende posicionar la metáfora como herramienta fundamental en el trabajo escriturario del pasado. Creemos que tal empresa queda clara y largamente fundamentada en el trabajo del profesor Betancourt.

Daniel Ovalle Pastén

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile)

ovalle.daniel@gmail.com

Fecha de recepción: 2 de febrero de 2012

Fecha de aceptación: 14 de febrero de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar: Daniel Ovalle Pastén, “Fernando Betancourt Martínez. *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria* (México: Universidad Autónoma de México, 2007), 245 páginas”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 104-107,

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/ovalle.pdf>